

mouvement spiralé qui creuse plus profond.

Muñoz Molina, né près de Jaén en 1956, journaliste et historien de l'art, membre de l'Académie royale espagnole, se partageant entre Madrid et New York, n'a pratiquement écrit, depuis *Beatus Ille* (1986), que des romans sur la mémoire. Celui-ci, autre mémorial, n'y allons pas par

quatre chemins, est un chef-d'œuvre déchirant où s'entrecroisent fuites, exils et vies tronquées, où nous sont restitués les sons, les odeurs, les émotions, les peurs, les controverses politiques et morales, les renoncements d'un Madrid assiégé, comme un passé qui décidément ne passe pas.

PoI CHARLES

Lacandonia : un paraíso perdido



8 de abril de 2012, domingo de Pascua. Zona arqueológica de **Palenque**, Chiapas. Estoy frente al templo de las Inscripciones, el monumento funerario más famoso de las Américas, situado en un sitio de 15 km², rodeado de frondosa selva.

Tres paredes llevan una inscripción maya que cuenta la historia conflictiva de Palenque y la del edificio construido entre 615 y 683, bajo el reino de Pakal, enterrado allí, al lado de su probable esposa "La Reina Roja" (Templo XIII). Los abundantes pájaros e insectos de la selva

los vigilan y nos encantan con su algarabía. Tanta magia y tanto esplendor abandonados, dos siglos después, a la labor destructora de la lluvia y la humedad. ¿Quiénes eran aquellos reyes mayas? Una oligarquía sanguinaria, ávida de guerras, sacrificios y autosacrificios, orgullosa de su avanzada civilización pero consciente de la imperfección del mundo, de los hombres y de los dioses con quienes tenían que mantener buenas relaciones e intercambiar energía.



El guacamayo



Lunes 9 de abril, llegamos a Lacanja Chansayab, en la selva lacandona, cerca de otra zona arqueológica, Bonampak, que también visitamos, maravillados por sus frescos de colores vivos. Íbamos a hospedarnos en una **cabaña ecoturística** del campamento Río Lacanja. Dos noches de sueño inolvidable, mecidos por el eterno susurro de los

arroyos, el crujir de las ramas, el alboroto de las aves tropicales, el gruñido de los monos saraguates.

Nuestro campamento (había otros más al lado) se componía de unas cabañas de madera, equipadas con mosquiteras, luz eléctrica un día de cada dos, buenas camas y hamacas. Los sanitarios con agua corriente se encontraban a 200 metros. El

comedor, una palapa grande, nos acogía para un desayuno típico con huevos y frijoles. Los indios que se encargaban del centro llevaban, en su mayoría, tejanos y camisas occidentales. Nos parecieron muy amables, muy dulces, bien organizados y

respetuosos con su entorno natural. Gestión sostenible del agua, de la alimentación y de los desechos. Todos ganados a la fe protestante presbiteriana, cimiento de la comunidad.



Al día siguiente, nos acompañó una joven guía a dar un paseo por la selva, explicándonos las plantas medicinales y la utilización de los árboles de la zona. La divina sorpresa fue descubrir una impresionante cascada con cenote profundo y estrecho, en el cual nos invitó

a zambullirnos. Solo ella lo hizo, trepando y agarrándose a las ramas colindantes para salir. Después, nos ofreció un té de hierbas a la sombra de una ceiba. Mientras tanto charlamos, y nos habló de su escolarización en un internado cerca de Palenque.



La misma tarde, en otro campamento vecino, nos esperaba un "sacerdote"

lacandón, de pelo largo y vestido con túnica blanca tradicional, para un

“**temazcal**”. Primero tuvimos que prepararnos. En un patio, saludamos a los dioses de los cuatro puntos cardinales y él nos quitó nuestras imperfecciones externas recorriendo nuestro cuerpo con ramas de palmera. Luego, entramos en una gruta completamente cerrada, “el vientre de la Abuela”, donde ardían con grandes llamas plantas e inciensos. El mago empezó a hablar, en lengua maya y en castellano: nos invitó a purificarnos, a

seguir viviendo en armonía con la naturaleza y volver a encontrar a nuestra familia, a no perder el contacto con nuestros ancestros. Lentamente, empezábamos a desaparecer en la humedad ambiente, desvaneciéndonos, perdiendo consistencia material y conciencia del presente. Iniciábamos un largo viaje al pasado, el nuestro y el suyo.

El suyo fue doble.



El de **Lacan Tun** (gran peñón), Isla de Miramar, sureste del estado de Chiapas. Selva tropical. Allí vivía un grupo étnico de indios, herederos directos de los mayas, que edificaron las prestigiosas ciudades

del período maya clásico de Palenque, Bonampak o Yaxchilán. Pueblo guerrero que tuvo que luchar constantemente contra las invasiones de los yucatecos vecinos.



Estos verdaderos lacandones desaparecieron por completo en el siglo 17. Durante casi dos siglos, protegidos por la densa selva tropical, resistieron a los invasores españoles, quienes finalmente los deportaron masivamente al sur de Guatemala. A finales del siglo 17, aquellos

territorios, vaciados de su población autóctona, fueron repoblados poco a poco por inmigrantes oriundos de Guatemala (etnias choles y quejeches) que cruzaron el impresionante río Usumacinta, frontera natural entre los dos países actuales. Los colonizadores siguieron llamándolos

"lacandones" o "caribes". Varios testimonios de los siglos 18 y 19 relatan su condición de fugitivos seminómadas, acostumbrados a desplazarse por la selva y a formar asentamientos aislados llamados "caribales". De reputación pacífica, abiertos al contacto con los extranjeros, llevaban una vida en armonía con su medio natural. Carecían de organización jerárquica ya que cada choza con techo de palma la regía el padre de familia. Creían en muchos dioses mayas a los que pedían salud, alimento y protección. En la ***milpa**, cultivaban maíz, base de su alimentación, calabaza, frijol, plátano. La caza y la pesca eran actividades complementarias.

Vivieron felices y tuvieron muchos hijos... hasta la Independencia de México y Guatemala, que despertó en los criollos un pronunciado interés por la madera preciosa de la selva lacandona. En 1826, se emprendió la primera expedición para abrir la selva tropical a la explotación, seguida por muchas otras a lo largo del siglo 19. La llegada de los primeros forestales remonta a los años 1870, los cuales se establecieron a orillas de los ríos y empujaron a los lacandones más hacia el interior de la selva. Estos, para sobrevivir, practicaban el trueque, pero a distancia, sin verdaderos contactos.

Después de un corto período de calma, tuvieron que sufrir, en los años 50, la invasión de miles de indios choles, tzeltales y tojo bales en busca de tierra para cultivar, que quemaron el bosque

para instalarse y contaminaron los ríos con la cría de cerdos y mulas. Los lacandones renunciaron entonces a su modo de vida tradicional y se agruparon en tres núcleos, los mismos que todavía existen, cada uno con unas veinte familias. En 1972, el gobierno mexicano les cedió la posesión de 114.000 ha de terrenos municipales. Así, echaba de la selva a las empresas privadas incontrolables y mostraba su generosidad hacia los Lacandones. En realidad, a cambio de dinero en efectivo, los autóctonos cedieron su licencia de explotación de la selva, administrada finalmente por el Estado. Con el dinero fácilmente obtenido, accedieron de un golpe a la modernidad: cocinas prefabricadas, platos de plástico, aparatos de radio, magnetófonos y coca cola...

Sentados en nuestra cueva del temazcal, a través del humo, oímos estas palabras de nuestro Mago : "Somos los **Ach Winik**, los verdaderos hombres, no olvidemos nuestras raíces, cuidemos la relación con nuestra madre Tierra, con nuestros familiares...".

¡Ojalá sus dioses puedan oírlos, a ellos que tanto han perdido pero que tanto han de darnos, a nosotros, los apresurados de la raza moderna!

Martine MELEBECK

***la milpa**: maizal, extensión de tierra dentro de la selva, habilitada para el cultivo.